

1 Pta

ANN HARDING
LAWRENCE
OLIVIER
JULIETTE
COMPTON



DIVORCIO POR AMOR

EDICIONES BISTAGNE

DIVORCIO POR AMOR

NC-007-258

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

DIVORCIO POR AMOR

Interesante asunto moderno

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Es una superproducción P. D. C.



Distribuida en Cataluña, Aragón, Baleares y Levante

CINNAMOND FILM

Balmes, 51

BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTERPRETES PRINCIPALES:

ANN HARDING
LAWRENCE OLIVIER
JULIETTE COMPTON
IRVING PICHET
ZASU PITTS

Divorcio por amor

ARGUMENTO DE LA PELICULA

I

Ante Walley Vien, refugio campestre situado en lo más frondoso y pintoresco de la campiña, se detuvo el auto donde iban el escritor Nick Allens y Olivia, que desde hacía unos momentos era su esposa.

Como era muy avanzada la noche, todo estaba herméticamente cerrado y Allens estuvo un buen rato haciendo sonar en vano la bocina.

Después comenzó a dar gritos.
—¡Señora de Truesdale! ¡Señora de Truesdale!

Y cuando ya empezaba a quedarse ronco, se abrió una ventana y apareció una mujer relativamente joven, tocada con gorro de dormir y envuelta en un camisón de tela, casi tan recia como la que suele usarse para los sacos.

Tenía una expresión bobalicona que movía a risa.

—¿Qué se les ofrece?

—¡Abra usted la puerta de su mansión a dos peregrinos nocturnos!

—No puede ser—repuso la dueña del refugio ásperamente—. A estas horas mi casa está cerrada para todo el mundo.

—¿Para todos? ¿Ni siquiera a un viejo amigo quiere usted abrir su puerta?

—¡No le conozco a usted, caballero!

—¿Cómo que no me conoce? ¿Está usted segura?

—Segurísima.

—Me ha mirado bien la cara, señora de Truesdale?

—No. Ni ganas.

Ya iba a cerrar, pero Allens la detuvo.

—¡Un momento, señora de Truesdale!

Y sacó del bolsillo una linterna eléctrica y la enfocó a su rostro.

—¿Me conoce usted ahora?

La señora de Truesdale lanzó un grito de sorpresa.

—Señor Allens!

Evidentemente, el escritor frecuentaba aquella casa.

—¡El mismo, señora de Truesdale! ¡Supongo que ahora ya no se negará a abrirme la puerta!

—¿Viene usted solo?

—Vengo con la señora de Allens.

—¿Desde cuándo es usted casado?—preguntó la dueña con desconfianza.

—Desde hace unos momentos.

—Comprendido. ¡Tantas veces se ha casado usted de ese modo! Pero para eso no cuente usted con mi complicidad. Ya sabe usted que ésta es una casa decente.

—Le aseguro que es mi esposa, señora de Truesdale. Ella misma se lo dirá.

—En efecto—dijo Olivia—. Somos casados y venimos a pasar nuestra luna de miel.

—Esta vez no me la pegarán. A otra con ese cuento.

Olivia se daba cuenta de lo que esto quería decir. Nick había ido otras veces con mujeres al refugio de la señora de Truesdale. Esto representaba una humillación para ella. Pero ¡estaba tan acostumbrada a las... irregularidades de Allens!

No hizo el menor comentario a las palabras molestas de la señora de Truesdale y, entretanto, Nick

bajó del coche y se dirigió a la ventana con un papel en la mano.

—Aquí tiene usted el certificado de casamiento, señora de Truesdale. ¿No le parece suficiente prueba de que somos marido y mujer?

La señora de Truesdale leyó con asombro el documento. Le parecía mentira que un hombre como Nick Allens hubiera podido casarse.

Inmediatamente la dueña del refugio cambió de actitud.

—Siendo así, no tengo inconveniente en abrirles la puerta. Esperen un momento. He de arreglarme un poco.

Nick volvió al coche con un gesto triunfal.

—¡Ya tenemos casa!—exclamó.

—Pero no ha sido cosa fácil.

—El caso es que se nos abre la puerta. ¿Qué más da que haya sido fácil o difícil?

Cogieron las maletas entre los dos y se dirigieron a la casa.

La señora de Truesdale les condujo a la mejor habitación de la casa, una verdadera cámara nupcial en la que no faltaba ningún detalle.

—¿Qué te parece la habitación, Olivia?

—Muy bien. ¿Y a ti?

—A mí magnífica. Fíjate qué cama tan hermosa.

Olivia miró la cama y los dos se echaron a reír, mientras el rubor teñía las mejillas de ella.

Se quitaron los abrigos.

Entonces pudo verse que Olivia era una mujer de belleza poco común. Alta, rubia, de figura señoril y escultural, había en sus ademanes una encantadora delicadeza en la que no era posible descubrir la menor sombra de afectación.

Nick era un joven delgado y nervioso, de ademanes resueltos y palabra fácil. No en balde era literato. En el tono de su voz había siempre un algo de superioridad y egolatría.

—Me parece estar oyendo a tu familia—dijo Allens de pronto—. Ahora estarán diciendo: “Ya se ha casado Olivia con ese escritor arruinado”.

Y Olivia pensó que la observación no podía ser más oportuna.

Su familia se había opuesto por todos los medios imaginables a que se casara con Nick. En primer lugar porque no tenía un céntimo y vivía difficilmente de lo que le producía la pluma, en segundo porque no les gustaba su carácter, aquel

carácter irregular, lleno de veleidades que a veces le hacía parecer un niño mal educado y a veces un tirano insopportable.

Pero Olivia le amaba por encima de todos sus defectos. Olivia le adoraba de tal modo, que no vaciló en contrariar a su familia ni en correr el riesgo de ser desgraciada casándose con Nick.

II

—¿Qué te parece si cenáramos un poco? ¿Tienes apetito?

—No me falta, Nick. Pero creo que a estas horas no hay que pensar en eso.

—¿Por qué no? Déjalo de mi cuenta.

Y echó a correr escaleras abajo.

La señora de Truesdale, que miraba con envidia la puerta de aquella habitación que se había cerrado convirtiéndose en un nido de amor, se sobresaltó al ver bajar a Nick tan repentinamente.

—Desea algo, señor Allens?

—¿Qué tiene usted de cenar?

—No te preocunes de mi familia ahora. Solamente debemos de pensar en nuestra felicidad.

—Tienes razón. Sólo en nuestra felicidad.

Y como la verdad era que Olivia estaba bellísima y que Nick también estaba loco de amor por ella, no pudo menos de darle el primer beso de aquella noche inolvidable.

D I V O R C I O P O R A M O R

—¿Qué quiere que tenga a estas horas? La cocina está apagada.

—Por eso no se preocupe: la encenderemos.

Y al ver que corría hacia la cocina, corrió ella también y trató de cortarle el paso.

—Le aseguro que no tengo nada, señor Allens!

—Siempre habrá algo —repuso apartándola.

Y como descubrió una despensa tan repleta y tan bien surtida que se podría dar de cenar a un príncipe, la señora de Truesdale no tuvo más remedio que prometerle que les prepararía la cena, aunque ello había de costarle perder algunas horas de sueño.

—Es usted un ángel! —exclamó Nick con entusiasmo.

—Pero un ángel que no va a dormir esta noche.

Corrió Nick a la habitación donde se hallaba Olivia y le dió la estupenda noticia.

—Ya tenemos cena!

—De veras?

—No te lo decía yo? Cenaremos opíparamente.

Después de besarla por segunda vez la cogió por la cintura.

—Vamos a tocar el piano un poco.

—No. Ve tú. Yo bajaré después.

—¡Después! ¡Después! Sabes que detesto esa palabra.

—Por una vez bien puedes tener un poco de paciencia.

—Lo intentaré. Pero dime: ¿por qué has de bajar después y no ahora?

—Porque quiero arreglarme.

—¿Acaso no estás bien así?

—No tan bien como quiero estar esta noche.

—Bueno. Pero te ruego que no tardes.

Nick bajó al salón y comenzó a tocar el piano. Los dos sabían tocar y a los dos les gustaba extraordinariamente la música.

De pronto se abrió la puerta y apareció Olivia vestida de blanco. Era un precioso vestido vaporoso y etéreo que le sentaba a las mil maravillas.

El dejó de tocar y lanzó una exclamación de asombro.

—No pareces un ser de la tierra, Olivia!

—Pues no me cabe duda de que lo soy.

—Quieres que te baje en brazos?

—No. Prefiero bajar sola.

—Si bajas ahora sola habrás de dejar que te suba después.

Ella bajó por fin sonriendo. Era una sonrisa que la hacía parecer aun más algo etéreo y divino.

El la recibió tendiéndole ambas manos y entornó los ojos para lanzar esta exclamación:

—¡Adorable! ¡Una verdadera virgen de Murillo!

Ya no volvió a sentarse al piano, sino que conectó el aparato de radio.

Brindaron y bebieron. Después, preguntó Nick:

—¿Quieres que bailemos un poco?

—Es una gran idea.

El la enlazó por el talle y empezaron a bailar.

Evolucionaban lentamente, desmayadamente. El la estrechaba cada vez más contra su pecho y ella acabó por apoyar su cabeza en el hombro de Nick.

Ninguno de los dos supo cómo sucedió. El caso fué que de pronto los labios de él se encontraron sobre los de ella y que ella hizo lo necesario para que aquel beso se prolongara indefinidamente.

—¡Amor mío! — suspiró él un momento.

Y en seguida reanudó el beso momentáneamente interrumpido.

Bailaban estrechamente enlazados, como fundidos en un solo cuerpo y con las bocas juntas.

Y en este momento apareció la señora de Truesdale con una gran bandeja en las manos.

Se quedó embobada al ver la vehemencia con que se amaban los recién casados. Y como ella era todavía joven, sintió que algo muy íntimo de su alma se conmovía.

Tosió para anunciar su presencia, pero el matrimonio no le hizo el menor caso.

Era que ninguno de los dos la había oído, lo cual no tenía nada de extraño si se tiene en cuenta el estado de exaltación amorosa en que se hallaban.

La señora de Truesdale tuvo que preguntar:

—¿Dónde dejo esto?
—En cualquier parte — repuso Nick con el evidente deseo de que se fuera cuanto antes.

La señora de Truesdale lo dejó sobre la mesa y se marchó lanzando un suspiro.

Ella había amado también al que

fué su esposo y pasó con él una luna de miel inolvidable. Pero la luna no debió de ser igualmente inolvidable para su marido, pues se había portado con ella con una falta de caballerosidad tan evidente que hacía ya mucho tiempo que la po-

bre señora se encontraba sola en la vida.

Después del baile Nick llevó a Olivia a la cámara nupcial. Y aun bajó por dos copas. Los recién casados querían embriagarse de licores antes de embriagarse de amor.

III

En el despacho de su modesta casa, es decir, en el comedor, pues Nick no tenía más remedio que escribir allí, el novelista estaba sentado en el borde de la mesa con los pies apoyados en la papelera y leyendo una carta con gran atención.

La carta era de un editor que le hablaba de la última novela que le había enviado.

“... ya sabe usted lo que convini-

mos—terminaba diciendo—. De modo que le envío adjunto el original para que haga usted las correcciones necesarias de modo que el final no sea un ataque contra nuestras instituciones más respetables.”

Nick estrujó el papel, lo arrojó a la papelera y después dió a ésta un tremendo puntapié a consecuencia del cual fué rodando hasta la habitación inmediata.

En este momento entraba Olivia.

—¿Qué te pasa, Nick?

—¿Qué quieres que me pase? ¡Este editor del demonio que quiere que corrija el final de mi novela! ¿Quién le ha autorizado a colaborar conmigo?

—¿Es que no le ha gustado?

—No habla de eso para nada. Dice que no me meta con nuestras instituciones más respetables. ¡Si precisamente sobre esa base he escrito la obra! ¡Qué sabe ese pobre diablo!

—Me parece recordar que así lo convinisteis antes de que empezaras la obra.

Esto acabo de exasperar a Nick.

—¡No digas más! ¡Ya sé por dónde vas! ¡Quieres que corrija el final para poder cobrar en seguida! ¡Dinero, siempre dinero! ¡Tu gusto sería que yo ganara el dinero a montones aunque fuera escribiendo folletines!

—No he dicho eso, hombre.

—Poco te ha faltado! ¿Y sabes lo que te digo? ¡Qué yo soy un escritor y no un comerciante de literatura! ¡No me dejaré embrutecer por el mercantilismo aunque llegue un día en que no tengamos nada que comer!

—Bueno, hombre, bueno. Tú te lo dices todo.

—¡Claro que bueno! ¡No quiero supeditarme a esas miserias! ¡Escribo para algo más que para ganar dinero! ¿Lo oyes? ¡A ver si te lo aprendes de memoria!

Por fin Olivia ante la dureza y la insistencia de los ataques se echó a llorar.

Y como llorando estaba mucho más bonita aun que sin llorar, Nick se conmovió hasta lo más hondo de su sensible corazón.

—Perdóname, Olivia, si te he ofendido—dijo al mismo tiempo que la abrazaba—. Pero yo no tengo la culpa. La tiene ese mercader de libros que me ha puesto los nervios de punta. ¿Qué estabas haciendo? ¿Por qué no continúas?

—Estaba arreglándome para ir a casa de mi prima Henrietta como me habías prometido. Pero supongo que después de lo que acaba de ocurrir...

—¿Qué?

—Que no querrás ir.

—Por qué no he de querer? ¡Anda, tonta! Arréglate en seguida. Yo también voy a arreglarme.

Y se quitó la americana y la camisa.

Olivia se había dirigido a su cuarto y él la siguió.

—¿Qué haces?—preguntó Nick al ver que ella permanecía inmóvil con un par de medias en la mano.

—Pues que no tengo medias que ponerme. Y como no tengo medias no puedo salir de casa.

Había en su voz un ligero matiz de reproche que fué para el escritor como un botón de fuego.

—¿De modo que yo soy el culpable de que no tengas medias? ¿De modo que yo soy el monstruo que te hace ir descalza? Pues bien, arreglaré en seguida ese asunto. Voy a comprarte unas medias.

Se puso el sombrero y se fué hacia la puerta, sin preocuparse de que iba en camiseta.

—¡Oh, Nick! ¡Yo no he dicho eso!

—Si no lo has dicho lo has pensado. ¿Crees que no sé leer en tus ojos? He visto claramente en ellos una expresión de dureza y de censura. Además, has hablado en un tono terrible.

Y como en el fondo tenía razón, Olivia se arrepintió y se echó a llorar por segunda vez.

Y también por segunda vez, él se

enterneció y se sentó al lado de su mujercita en el borde de la cama.

—¡Pobrecita mía! ¡Cuántos disgustos te estás llevando hoy!

—No, Nick. Soy yo la que te doy los disgustos—gimió ella, que, como es sabido, también estaba loca por él.

—No volvamos a discutir, Olivia.

—Eso. No pensemos más en lo ocurrido.

Y los dos sonrieron.

—Si no podemos ir a casa de tu prima no debemos preocuparnos. Nos quedaremos en casita y nos haremos la cuenta de que es la noche de nuestra boda.

—Por eso no te preocunes. Me pondré estas medias, aunque están bastante zurcidas.

Y tendió la mano angelicalmente y cogió las medias que antes había arrojado con un gesto de desdén sobre la cama.

Hubo un cambio en el semblante de Nick. Sus labios dejaron de sonreír automáticamente.

—¡Ya se ve que no puedes pasar sin tu primita!

—Le prometimos que iríamos, Nick.

—¡Si todo eso está muy bien!

Pero si no fuera por esa niña estúpida estoy seguro de que no te pondrías esas medias zurcidas.

—No sé que te ha hecho para que la detestes de ese modo.

—No dejarme trabajar. ¿Te parece poco?

—¿Que mi prima no te deja trabajar?

—Ya lo ves como no. Esta tarde que estaba en vena he de dejarlo todo por ir a casa de tu prima. ¡Si te gustaran tanto como a mí esas reuniones cursis!

—Mi prima no es una muchacha cursi, sino una señorita de la mejor sociedad. Y sus fiestas son la envidia de sus amigas.

—Tu primita es una niña moderna que con la excusa de su modernismo hace lo que le viene en gana. Y eso no puede hacerlo ninguna mujer.

—¡Claro! Eso sólo podéis hacerlo los hombres.

—No toques el tema feminista si no quieres que pierda la poca tranquilidad que me queda.

—Bueno, no discutamos más.

A todo esto, el escritor había ido vistiendo a tirones y a zarpazos, lo que dió lugar a que más de un botón cayera en medio de la estancia después de dar un salto mortal.

Y por fin pudieron salir de casa para dirigirse a la de la prima Henrietta.

IV

Hallábase ésta hablando en aquel momento con Harry Hottendorf, un joven qu se estremeció al ver entrar a Olivia.

Harry estaba enamorado de ella desde hacía mucho tiempo, pero Olivia no había podido corresponderle porque estaba enamorada a su vez de Nick Allens.

Ahora, prudente y respetuoso, al ver a Olivia casada, había suprimido por completo las visitas y demostraciones que antes no escatimó.

La fiesta estaba muy animada. El salón estaba lleno de distinguidos invitados que bailaban al son de la orquesta.

Henrietta y Olivia se saludaron

efusivamente. Entre ellas existía un fuerte cariño casi fraternal que las había unido desde niñas.

En cambio, Nick, al estrechar la mano que ella gentilmente le tendió, no pudo disimular un gesto de hostilidad.

Henrietta, que era una muchacha de buen humor, se echó a reír y dedicó a Nick dos o tres frases llenas de fina ironía, que le escocieron como pinchazos.

¡Era terrible aquella niña moderna!

En seguida se separó Nick de Olivia y empezó a bailar y flirtear con todas las muchachas bonitas que había en el salón.

Harry aprovechó la ocasión para charlar y bailar con Olivia.

Siempre discreto, no rozó para nada el tema de su amor inextinguible, pero ella comprendió por las miradas que Harry le dirigía que cada vez estaba más enamorado de ella.

—¿Es usted feliz, Olivia? —se atrevió a preguntarle.

—¿Cómo no he de serlo si te amo?

—¿Y él?

—Me adora.

—Lo celebro.

Y hubo una pausa, pausa durante la que ella miraba de reojo a Nick, que con sus ingeniosidades estaba triunfando entre el elemento femenino.

—Celos? No. Estaba segura de que ninguna de aquellas mujeres podría quitarle el cariño de Nick, pero le desagradaba la situación en que la colocaba su marido con sus despreocupaciones de hombre vanidoso.

—Parece que a Nick le gusta mucho el baile —dijo Harry con cierta ironía.

—Le gusta tanto como a mí —repuso ella sonriendo aunque no de

tan buen grado como era su costumbre.

Y entonces empezó a ser amable con Harry. De tal modo extremó la nota, que Nick se dió cuenta y desde aquel momento la sonrisa desapareció de sus labios.

Ni corto ni perezoso, dejó a la que estaba bailando con él y se dirigió a la pareja formada por Olivia y Harry.

—Con permiso —dijo separándolos.

Y siguió bailando con Olivia mientras Harry se quedaba plantado en medio del salón.

—¿Qué te ha pasado, Nick? —preguntó ella complacida de aquel arrebato de cariño.

—Nada, mujer: que he bailado con todas menos contigo y eso no está bien.

—Ya veo que has tenido mucho éxito.

—Te sabe mal?

—Al contrario. Estoy encantada de tu sociabilidad. ¡Ojalá fueras siempre así!

—Celebro que por una vez dejes de mirarme como un bicho raro.

—¡Qué cosas dices!

—Y tú, ¡qué bonita eres!

—De veras te parezco bonita?

D I V O R C I O P O R A M O R

—Me parece encantadora.

Terminado el baile y cuando de nuevo sonó la música, Harry pidió permiso a Nick para bailar con Olivia aquel baile.

—Con mucho gusto —contestó él sin la menor convicción.

Pero al ver el gesto de alegría con que Harry se dirigió a Olivia con los brazos tendidos hacia su talle, se adelantó a él y, enlazando el cuerpo de su esposa, exclamó:

—Pero no este baile, que es el preferido por nosotros.

Y por segunda vez dejó a Harry plantado.

—Déjelos, Harry. ¿No comprende usted que está despertando los celos de Nick —le dijo Henrietta.

—Comprendo que Allens esté celoso teniendo una mujer tan bonita.

—¡Si le oyera...!

—¿Qué cree usted que pasaría? —Es un pecado admirar la belleza?

—Pero Nick tiene un carácter especial y estoy segura de que no terminarán la noche sin reñir.

—Acaso cree usted que su prima no es feliz?

—No sé si lo es o deja de serlo.

Lo que puedo decirle es que Nick tiene un carácter que yo no le podría soportar.

—A lo mejor le sucede lo mismo a su prima.

—Mi prima está loca por él. ¿No lo está notando usted?

Terminado aquel baile, no tuvo Nick más remedio que cumplir su palabra dejando que Harry bailara con Olivia. Y como la amabilidad entre ambos continuó y a Nick, que lo tomaba todo por el lado peor, en vez de amabilidad le pareció flirteo, buscó la primera ocasión para marcharse. Pero la ocasión no se le presentaba y entonces cogió a Olivia por un brazo y le dijo sin rodeos:

—Vámonos. Ya es hora.

—¿Tan pronto?

—Para ti nunca es tarde.

Olivia no se atrevió a contrariarle. Se despidieron de sus amigos, así como de Henrietta y a Nick le pareció que Olivia sonreía demasiado a Harry cuando le estrechaba la mano.

Por eso él ni siquiera se la dió. Se limitó a saludarle con un movimiento de cabeza.

V

—¡Bien te has divertido! —dijo Nick en tono de reproche, tan pronto como estuvieron en el taxi.

—¿Acaso no te has divertido tú?

—He hecho como que me diversifico, pero ya sabes que estas fiestecitas me revientan.

—Pues no lo parecía cuando estabas bailando con tus admiradoras.

—A mí me admiraron por mis libros y en eso no hay nada malo. En cambio, a ti, ¿quieres decirme por qué te admira Harry?

—Es un antiguo amigo.

—Querrás decir un antiguo adorador.

—Tengo yo la culpa de haber tenido adoradores?

—¡Claro que sí!

—Pues no lo veo tan claro.

—Si no coquetearas con ellos no darías lugar a que ellos coquetearan contigo.

—Tú sí que has flirteado descaradamente. Me has puesto en ridículo.

—¿Y tú a mí? Por más que tú sólo has podido intentarlo. Es muy poca cosa ese Harry para ponerme en ridículo a mí.

La conversación se fué agriando hasta que adquirió un tono subido. Fué entonces cuando el auto se detuvo ante la casa de los Allens.

Bajaron los dos. Nick abrió la puerta y cuando entró Olivia dijo:

—Bueno, hasta luego.

—Pero ¿te vas?

D I V O R C I O P O R A M O R

—Naturalmente. ¿Qué voy a hacer en casa a estas horas?

Y dió media vuelta y se fué.

Olivia se marchó a la cama llorando.

¿Era aquello vivir? ¿Era aquello la felicidad conyugal con la que tanto había soñado?

Pensando y llorando, y por consiguiente sin poder dormirse, estuvo no sabía cuánto tiempo.

De pronto sonó el timbre del teléfono y reconoció la voz de Nick.

—¿Eres tú, Olivia?

—Sí —repuso ella conteniendo los sollozos.

—¿Todavía no te has dormido?

—Ya ves que no.

—¿Sabes desde dónde te hablo?

—No, Nick.

—Pues desde el restaurante "Macheta". Estoy solo y aburrido.

—Aun puedes encontrar a alguien.

—Gente conocida me sobra. Pero no es eso, Olivia. Lo que yo echo de menos es tú compañía. ¿Quieres venir y terminaremos de pasar aquí la noche?

—Como quieras, Nick —dijo ella enjugándose las lágrimas y sonriendo dulcemente.

—Entonces te espero.

—Me vestiré en seguida. Dentro de un cuarto de hora me tienes ahí.

—Cuanto antes mejor.

Olivia dejó el auricular sobre el teléfono, que estaba en la mesilla de noche, y empezó a vestirse apresuradamente. Magnífica ocasión para decirle a Nick lo que le tenía que decir.

* * *

Un cuarto de hora después estaban los dos hablando junto a una mesa del restaurante como si no hubiera pasado nada.

Pidieron unos helados y estuvieron bailando y divirtiéndose como en sus primeras noches de matrimonio.

—Hubiera sido una lástima que echáramos a perder la noche por una tontería—dijo Nick cuando de nuevo se sentaron a la mesa—. ¿No te parece?

—Sí, Nick.

—Prometámonos no discutir más.

—Eso iba yo a decirte, Nick. Es hora de que empecemos a tener paciencia.

—Por mi parte te prometo que la tendré. Desde hoy va a cambiar todo. Seré menos exigente con los editores. Trabajará más y ganará más dinero. Así podremos vivir mejor.

—Naturalmente, Nick. Además, suponte tú que tuviéramos un hijo.

—Es una suposición que no me la puedo hacer.

Olivia bajó la cabeza y murmuró:

—Es que vamos a tenerlo.

Nick, que iba a beber, se detuvo con el vaso en los labios.

Dirigía a Olivia una mirada de estupefacción.

—¿De veras?

—Sí.

Hubo una pausa que fué angustiosa para Olivia.

—Si quieres que te diga la verdad—murmuró Nick—, no me alegra la noticia.

VI

Habían pasado tres años.

Se estaba Nick afeitando y cerca de él una niña jugaba con todo lo que encontraba al alcance de su mano.

Nick llevaba más de un cuarto de hora intentando enjabonarse la cara sin conseguirlo.

La culpa de ello la tenía la pequeña Olivia, que le había quitado, primero el cuello, después la corbata, en seguida la pitillera y luego, uno tras otro, los siguientes objetos: el encendedor, los puños, la cartera, el pañuelo de bolsillo, el reloj y los tirantes, todo lo cual estaba dispuesto estratégicamente sobre las sillas del dormitorio.

A cada momento tenía que vol-

verse para ver lo que hacía y como la niña lloraba porque quería lo que su papá le había quitado, Nick tenía que cantar y bailar para distraerla.

Por fin se quedó tranquila y pudo el escritor enjabonarse la cara.

Pero en seguida se le presentó otro grave problema.

¿Cómo afeitarse si no encontraba la maquinilla? ¿Dónde diablos la había metido?

La buscó en vano por todas partes.

Y cuando ya iba a pedir auxilio a Olivia para poder terminar de vestirse, oyó que la niña le decía con su media lengua:

—¡Un barco, papá! ¡un barco!

Miró al interior de la tina y allí vió la maquinilla de afeitar, sirviendo de arbolaadura a una cajita de madera que navegaba de este a oeste.

—¡Olivia! ¡Olivia! —comenzó a llamar desesperadamente.

Y cuando la esposa acudió le dijo:

—Llévate la niña, que para algo es tuya.

Poco después, cuando ya vestido salió de su habitación, se encontró con que la cinta formaba una especie de montículo sobre la máquina de escribir. Era que la niña se había entretenido sacando la cinta del carrete.

—¿Crees que así es posible trabajar, Olivia? —clamó el escritor.

—Ella qué sabe, la pobrecita?

—Entonces, como no tiene conocimiento, deja al angelito que te saque un ojo.

—¡Bueno, hombre! Procuraré que no vuelva a acercarse a la máquina de escribir. Pero debes comprender que estando en el comedor es difícil impedirlo.

—¿Dónde quieras que escriba? Ya sabes que tenemos las habitaciones justas. No sé a qué viene eso ahora. Si fuéramos millonarios ten-

dríamos un palacio y allí habría espacio para todo... ¡Calla! ¡No me digas que no gano más porque no quiero! ¡Si te parece me pondré a escribir novelas truculentas o cuentos picantes! Bastante embrutecido estoy ya por vuestra culpa. ¿De dónde iba yo a hacer correcciones en mis trabajos si no fuera por vosotras?

—¡Oh, Nick! ¡Tan bien como habíamos empezado el día!

—Pero, por lo visto, tú no quieres que acabe bien ninguno.

—¿Me vas a echar las culpas de lo que ha hecho la niña?

—¡Naturalmente! Ella es irresponsable. Si tuvieras cuidado de lo que hace no habría sucedido nada de eso.

—¿Crees que no tengo otra cosa que hacer que andar detrás de la niña?

—¡No pretendas disculparte!

Y como Nick había cogido el sombrero, Olivia exclamó:

—¿Dónde vas?

—A que me dé un poco el aire.

—¿No te acuerdas de que hemos invitado a tomar el té a mi prima?

—¿De modo que ha de venir a tomar el té?

—Ya te lo dije.

—Pues ahora sí que no me quedo.

—¡Por Dios, Nick! Si te vas ¿cómo podré atender a los invitados?

—¿Para qué me necesitas?

—Para que me ayudes. Si he de atenderlos a ellos tendré que desatender a la nena y...

—Por eso no te preocupes. Me llevaré a la niña de paseo. Todo antes que dejarla aquí, para que al regresar me encuentre con la mesa de escritorio hecha astillas.

—Preferiría que te quedaras.

—¡De ningún modo! Lo que yo preferiría es que no invitaras a nadie hasta que yo tenga un despacho donde trabajar sin que nadie me moleste. Esto de que se le metan a uno los invitados donde está trabajando es una pejiguera.

—No pretendrás que los pase al dormitorio.

—Con no pasarlo a ninguna parte asunto concluído.

—Si mi prima quiere venir a visitarme no le voy a dar con la puerta en las narices.

—Pues bien se lo merece!

—Eres insociable!

—Estaríamos discutiendo veinte años seguidos y no nos entenderíamos. De modo que más vale que lo dejemos. Arregla a la niña y me la llevaré de paseo. Así podrás atender a tus invitados. ¡Y a ver si los invitas también por la mañana! Entonces me tendrá que ir a escribir a un banco del parque. Y después ven quejándote de que no tenemos dinero.

Olivia, en vez de perder el tiempo contestando, se llevó a la niña para arreglarla, cosa que hizo rápidamente.

Cuando volvió, a Nick le había pasado el disgusto. Estaba arreglando la cinta de la máquina de escribir.

Y padre e hija se marcharon sin pérdida de tiempo.

No era que a Nick le gustara hacer de niñero. Pero todo lo prefería a tener que soportar la tabarra de la prima Henrietta y sus amistades.

VII

A los pocos momentos de quedar sola Olivia, llegaron Henrietta y Harry.

Olivia les recibió amablemente.

—¡Cuánto me alegro de que hayáis venido!

—Te lo prometimos—dijo Henrietta—. No me explicó cómo pude extrañarte.

—En cuanto a mí—apuntó Harry—, bien sabe usted hasta qué punto considero un honor que me permita venir a visitarla.

—Usted siempre tan galante.

—Si algún día dejo de ser galante con usted, será señal de que me he vuelto loco.

—¡Nada de patetismos!—protestó Henrietta—. Ya sabéis lo que me

disgustan las escenas solemnes. Será preferible que charlemos sobre cosas triviales. Un poquito de murmuración no estaría del todo mal.

—Esperad un momento. Voy por el te.

Y como ya lo tenía preparado, Olivia volvió con el servicio.

Henrietta se había sentado junto a la mesa de escritorio. Se fué a levantar, pero viendo que no había allí ninguna mesa adecuada para tomar el te, no se movió.

Por un momento, Olivia vaciló, no sabiendo dónde depositar la taza. Finalmente la puso sobre la mesa de escritorio, al lado de la máquina de escribir.

Debajo de la taza quedaron un

montón de cuartillas escritas. Perteneían a la última producción de Nick, una novela en la que estaba poniendo todo su entusiasmo.

—A todo esto—preguntó Henrietta mientras Olivia servía el te a Harry—, ¿dónde está tu marido?

—Me ha rogado que le perdonéis. Había prometido llevar la nena a unos amigos para que la vieran y se ha marchado.

—Por mí está perdonado.

Y Henrietta había dicho esto como si dijera: “No sabes lo que me alegro de que se haya marchado”.

—Ya sabe usted—dijo Harry—que su marido puede contar con mi perdón para cuanto haga.

—No sea usted hipócrita, Harry—exclamó Henrietta.

—¿Por qué dice eso?—preguntó el aludido.

—Porque hay una cosa que no se la perdonará usted nunca.

—¿Cuál?

—Que se haya casado con Olivia impidiendo que lo hiciera usted.

—No haberse casado con Nick, no quiere decir, ni mucho menos, que se hubiera tenido que casar conmigo.

—Ahora soy yo la que os supli-

ca—dijo Olivia— que cambiéis de conversación.

—En cambio tú, querida prima, has sido sincera. Has sido sincera porque estás chiflada por ese genio de mal genio que tienes por marido.

—No hago más que corresponderle.

—Sin duda. Pero siquieres que te sea sincera, un cariño tan accidentado como el que tu marido te profesa a mí no me agradaría.

—¿A qué llamas tú cariño accidentado?

—A que ahora te llena de palabras dulces y diez minutos después te pone como un trapo. Mejor dicho, os ponéis, porque tú tampoco te quedas corta.

—Harry ya sabe que tú exageras—dijo Olivia, avergonzada de que su amigo supiera aquellas interioridades de su vida conyugal.

Y Harry que comprendía el sufrimiento de Olivia, derivó la conversación por otros derroteros.

Entonces ocurrió una pequeña catástrofe.

Henrietta fué a coger la taza de te para llevársela a los labios, pero midió tan mal la distancia, que la empujó con los dedos y el te se vol-

ó sobre las cuartillas. Lanzó un grito de terror comprendiendo el desaguisado que acababa de cometer y Olivia empalideció.

Pero en seguida disimuló su inquietud con esta exclamación:

—No te preocupes. El te no mancha.

Pasados aquellos momentos de confusión la conversación volvió a normalizarse y entonces fué cuando llegó Nick, llevando a su hijita en brazos.

El angelito se había puesto a jugar con el barro mientras él leía el periódico y se había puesto perdida. Tenía barro por todas partes: en las piernas, en las manos, en la cara, en el vestido.

Olivia creyó que le había ocurrido alguna desgracia al verla en brazos de su padre.

—¿Qué ha pasado?—preguntó ansiosamente al mismo tiempo que echaba a correr al encuentro de su marido.

—Nada: que ha estado jugando a fabricar botijos con unos amiguitos. Como es tan lista, ella sabe muy bien que los botijos se hacen de barro.

Un tono de siniestra ironía acompañaba a estas palabras.

Olivia, avergonzada, se llevó a la niña para lavarla antes de que la vieran Henrietta y Harry.

Pero éstos decidieron marcharse para ahorrar a los esposos la violencia de una escena desagradable en presencia de ellos.

A decir verdad, a Henrietta no le importaba gran cosa el barro de su sobrinita y en cambio le importaba extraordinariamente el te que había derramado sobre las cuartillas.

Estaba segura de que cuando Nick se enterara, se iba a producir una verdadera catástrofe.

—Tan pronto se van ustedes?—preguntó el escritor con una sonrisa de labios afuera.

—Sí—repuso Henrietta. En este momento nos disponíamos a marcharnos.

—Pues que les vaya a ustedes muy bien.

—Gracias, igualmente.

Harry se limitó a hacer una inclinación de cabeza, a la que contestó Nick del mismo modo.

Cuando Olivia volvió después de lavar a la niña, entabló una ligera disputa con Nick, pero la cosa terminó con una de sus también frecuentes escenas de amor.

—¿Por qué tratas así a quien tanto te quiere, Olivia?

—Me ofusco, Nick. Te amo tanto...

—He pasado toda la tarde pensando en ti.

—Y yo también.

—Pero yo te traigo una prueba. Mira.

Y entregó a su esposo una camelia que le había comprado en una tienda de flores.

El sabía que las camelias eran las flores predilectas de Olivia.

El rasgo de delicadeza y la belleza de la flor conmovió a la señora de Allens profundamente.

—¡Gracias, querido mío!—exclamó echándole los brazos al cuello.

Y él la besó frenéticamente en uno de aquellos arrebatos de pasión que Olivia le hacía experimentar con inusitada frecuencia.

Y fué precisamente entonces cuando, por encima del hombro de su mujercita, vió las cuartillas manchadas de te.

—¿Qué significa eso?

Ella se volvió.

—¿El qué?

—¿Qué quieres que sea? Esa mancha que hay sobre mis cuartillas.

Olivia empalideció. Ya se había olvidado de lo que antes tanto le preocupaba.

Comprendiendo lo que iba a ocurrir, permaneció inmóvil en medio de la estancia mientras Nick se apoderaba del manuscrito y lo revolvía desesperadamente entre sus manos.

—¿Qué significa esto? ¡Habla!

—Es que a Henrietta se le ha volteado la taza de te.

—¿A Henrietta, eh? Ya sabía yo que tenía que ser esa niña estúpida. ¿Y tú qué hacías, que no lo has podido evitar? No hables. Ya sé lo que estabas haciendo. Flirteando con ese mequetrefe de Harry.

—Por Dios, Nick. Cálmate.

—¿Cómo quieras que tenga calma viendo estas atrocidades? Ahora tendré que copiar todo lo que he escrito. Empezaré a corregir y quedará peor que estaba. ¡Un mes de trabajo inútil!

Y enfureciéndose cada vez más, exclamó:

—¡Ea! Esto se acabó. Yo necesi-

to mi casa para trabajar. Y si no puedo trabajar en mi casa tendré que marcharme.

Y, uniendo la acción a la pala-

bra cogió el sombrero, se lo puso y salió de la casa donde momentos tan felices e inolvidables había pasado.

VIII

Era una especie de "garçonne" coquetamente adornada y amueblada.

En una "choisse-longue" estaba tendida una linda y descocada muchacha que reía locamente y junto a ella había un joven.

Otros amigos de Nick animaban con su presencia el estudio y él, Allens, estaba en el centro de la estancia con una botella en una mano y una copa en la otra, pronunciando un discurso sobre los efectos deliciosos de las bebidas alcohólicas.

Aquella "garçonne" había sido alquilada por Nick a raíz de su última riña con su esposa.

Estaba dispuesto a no volver. Para seguir viviendo con Olivia había de sacrificar completamente lo que le era más querido: la literatura. Esta profesión que constituía el ideal de toda su vida era en él algo consubstancial que en vano trataría de abandonar.

Olivia le quería mucho, pero no había sabido comprenderle. Ella detestaba su profesión de escritor,

D I V O R C I O P O R A M O R

porque no era un negocio lucrativo. Evidentemente, entre el alma de Olivia y la suya había un abismo infranqueable.

¡Pero era tan bonita!

No, no podría olvidarla nunca. Y para intentarlo, invitaba a su amigo el pintor que tenía su estudio en el piso de arriba y él, su modelo, sus amigos y amigas, bajaban al departamento del escritor, donde éste procuraba aturdirse recurriendo principalmente a la bebida.

La modelo del pintor era una encantadora rubia, cuyas formas espléndidas se adivinaban a través del finísimo vestido.

Y para ahorrar a sus amigos el trabajo de adivinarlo todo, dejaba muchas cosas al descubierto.

—¡Eres una modelo modelo! — exclamó el pintor alegremente.

—Y tú te pintas solo para pintarme.

—No exageres, que también sabes pintarte tú —dijo Nick.

—¡Qué gracia!

En este tono "elevado" se mantenía la conversación, cuando sonó el timbre de la puerta.

Uno de los amigos de Nick abrió y éste se quedó sorprendido al ver entrar a Harry.

—¡Hola! — exclamó reponiéndose en seguida de la sorpresa. No lo esperábamos por aquí.

—Siento mucho molestarles.

—Molestia, ninguna — exclamó la muchacha. Cuantos más somos, mejor.

—El caso es que yo deseaba hablar a solas con el señor Allens.

—Eso quiere decir que ahuequemos — rió la rubia con terrible desparpajo.

El pintor se levantó y los demás amigos hicieron lo mismo. Todos consultaban a Nick con la mirada.

—Luego continuaremos — dijo éste. Ahora me habréis de perdonar unos momentos.

Se fueron los amigos, y Nick y Harry quedaron solos y frente a frente.

—¿Qué se le ofrece? — preguntó Allens empeñado en conservar la línea vertical y consiguiéndolo a duras penas.

—¿Qué quiere que se me ofrezca? Ya debe usted suponerlo.

—Yo no supongo nada.

—Entonces le diré a qué he venido.

—Podía haber empezado por ahí.

Nick hablaba en un tono áspero

y despótico, que contrastaba con la serenidad y la sangre fría de Harry.

—Pues he venido a hablarle de Olivia.

—No sabía que tuviera usted el oficio de recadero.

Harry no se inmutó. Continuó tranquilamente.

—Usted debe volver al lado de Olivia.

—¿Quién le ha autorizado a meterse en mis cosas?

—Es que sus cosas son también las de Olivia.

—Tampoco creo que Olivia necesite de su chismorrería para nada.

—Olivia sufre horriblemente.

—¿A usted qué le importa?

—Sí que me importa porque la amo. La he amado siempre.

—Pero ella me quiere a mí.

—Si no fuera así, si no reconociera yo que Olivia le ama a usted, ¿cree que habría venido a suplicarle que no la haga sufrir más?

—¿No sabe usted lo que dice el refrán: "Entre marido y mujer..."

—Es que tal vez dejen ustedes de serlo.

—¿Eh?

—Yo me marcho a Europa. Allí estaré mucho tiempo.

—Que le aproveche.

—Y podría darse el caso de que Olivia se dignara acompañarme.

—¿Está usted loco?

—No digo ninguna locura. Olivia tal vez se dignara a acompañarme, después de divorciarse con usted: eso por supuesto.

—¿Divorciarse? Ella no se divorciará. La conozco muy bien.

—Yo también la conozco y sé que se divorciará.

Nick lanzó una carcajada de burla.

—Eso no lo creeré hasta que me lo diga ella.

—Pues ella se lo dirá.

—¿Cuándo?

—Cuando usted se lo pregunte.

En este momento se abrió la puerta del estudio y apareció Olivia.

IX

Los dos se quedaron igualmente sorprendidos al verla.

—¿Qué significa esto? —exclamó Allens exasperado—. ¿Me habéis tendido una celada? ¿Pretendéis burlaros de mí?

—Nada de celadas, Nick —repuso Olivia con arrogancia—. He venido porque suponía que Harry estaba aquí y temía que vuestro encuentro no acabara en bien.

—¿Temías por él o por mí?

—Por los dos.

—Pues por mí haz el favor de no inquietarte. Cuanto menos te ocupes de mí, mejor.

—Pronto dejaré de ocuparme para siempre —replicó Olivia herida en su amor propio.

—¿Qué significa esa amenaza?

—No es amenaza. Es un simple anuncio.

—¿Anuncio de qué?

—De que pediré el divorcio en seguida.

Nick soltó una carcajada de furioso despecho.

—Podías haberte ahorrado el venir a decírmelo, porque yo también pensaba hablar del asunto a mi abogado.

—Celebro que coincidamos en cuestión tan importante.

—Lo mismo digo.

—Eso facilitará mucho las gestiones de los tribunales.

—Ni más ni menos.

—Y entonces cada cual tendrá

la libertad que los dos estamos deseando.

—Entonces, no tenemos más que hablar.

—Nos podríamos haber ahorrado

todo lo que hemos estado hablando.

Y volvió a Olivia la espalda con un gesto que quería ser despectivo y era de despecho y de rabia.

* *

La boda de Olivia y Harry revisó la mayor solemnidad.

Harry era rico y amaba tanto a Olivia que todo le parecía poco para celebrar aquel acontecimiento extraordinario y para él tan feliz.

¿Por qué se había casado Olivia con Harry? ¿Era que le amaba más que a Nick? No. Ni siquiera podría decir que amaba a Harry. Le profesaba una estimación profunda, eso sí, por su caballerosidad y por la constancia con que siempre la había amado.

Harry era un hombre generoso, amable, recto. Harry era el hombre que sabe hacerse respetar porque respeta y que sabe hacerse amar porque comprende al alto concepto del amor y no lo mezcla con pasajeras exaltaciones.

¿Fué un movimiento de despecho lo que llevó a Olivia a casarse con Harry?

No. Fué la amarga convicción de que ella no podía ser feliz al lado de Nick por mucho que él la amara y ella le amara a él.

Porque no es sólo el amor lo que asegura la felicidad de un hogar: es la comunión de ideas, la afinidad de gustos, la armonía de caracteres. Es, en fin, todo lo que se echaba de menos en el matrimonio formado por Nick y Olivia.

Por eso ella, a pesar del gran amor que sentía hacia él, decidió no seguir soportando las consecuencias de aquella incompatibilidad cuando Allens comenzó aquella vida licenciosa que constituía una humillación para su esposa.



—Aquí tiene usted el certificado de casamiento...



—¿Qué te parece la habitación, Olivia?



Brindaron y bebieron.



—Pues no tengo medias que ponerme.



Y aun bajó por dos copas.



—¡Pobrecita mía! ¡Cuántos disgustos te estás llevando hoy!



—No pensemos más en lo ocurrido.



Y por segunda vez dejó a Harry plantado.



—No toques el tema feminista si no quieres que pierda la poca
tranquilidad que me queda.



—... Además, suponte tú que tuviéramos un hijo.



Estaba arreglando la cinta de la máquina de escribir.



—... Digame usted qué padre no se vuelve loco teniendo una hija así.



Aquella noche tuvo que afrontar la curiosidad de su hijita que la abrumó a preguntas respecto a Nick.



Se volvieron a encontrar al dia siguiente.



—... ¡Escribiré en el comedor!!



Y volvieron a perdonarse mutuamente.

D I V O R C I O P O R A M O R

Y puesta a separarse de él, ¿por qué no había de casarse con Harry? ¿Por qué había de sacrificarse a permanecer en una soledad tan triste como el desamparo, cuando se le ofrecía la ocasión de vivir sin que nada le faltara al lado de un hombre bueno que le había demostrado su amor de modo que no dejaba lugar a dudas?

Se casó con Harry y la verdad es que no tuvo ocasión de arrepentirse.

Harry la amaba y la respetaba. La vida de Olivia halló los cauces de paz que ya empezaba a echar de menos.

En cuanto a su hijita, halló también en Harry un padre amantísimo que la adoraba y se desvivía por satisfacer sus más insignificantes deseos.

“—Lástima—se decía Olivia—, que no lo pueda amar como he amado a Nick!”

X

Habían pasado seis años.

Ahora se hallaban en Europa, en un balneario donde una tía de Harry poseía un magnífico castillo.

Henrietta los acompañaba.

La vida se deslizaba plácidamente para Olivia. Todas las preocupaciones que antes la agobiaban habían desaparecido por completo. Ahora no tenía que preocuparse de

nada como no fuera del empleo que debía dar a las horas para pasárlas lo mejor posible.

Henrietta había entrado en la habitación de Olivia e intentaba en vano arrencarla de allí.

—¡Pareces una vieja! Te pasas el día metida aquí, habiendo tantas partes donde divertirse. ¿Has olvidado que tenemos un casino donde acuden a bailar los galanes más fotogénicos?

—Todo eso no me interesa, querida. Ya sabes que amo a Harry.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Te parece que no tiene nada que ver?

—¡En absoluto! Tú crees que todavía estás casada con aquel tirano de Nick, que hacía lo que le venía en gana y te obligaba a llevar a ti una vida de reclusión.

Se ensombreció el semblante de Olivia.

—Te agradeceré que no vuelvas a recordarme a esa persona.

—Bueno, mujer. No te pongas trágica. Si no quieres que lo nombre, no lo volveré a nombrar. No sabía que te importara. Creí que lo habías olvidado.

—Completamente.

—Pues no se nota.

—Siempre serás la misma, Henrietta.

—En efecto, siempre diré las verdades.

—Pues esta vez te has equivocado. Nick Allens me es ya completamente indiferente.

—No hay más que oír el tono conque lo dices para darse cuenta de que eso no es verdad.

—Aunque tuvieras razón, no debías insistir tan tenazmente.

—Eso ya es otra cosa. Te obedezco. Pero lo que no comprendo es por qué demonio te empeñas en quedarte aquí encerrada.

—Porque no tengo ganas de salir.

—Pues ya ves cómo Harry sí que tiene ganas. Ahora mismo está bañándose y sabe Dios las amistades que habrá hecho en la playa.

—Por ese lado estoy tranquila.

—Envidia esa resignación que nunca te falta. Pero te recomiendo que no te fíes mucho de las apariencias. Harry es un caballero. Pero los caballeros están tan expuestos a las tentaciones como los que no lo son. Además, ¡hay por ahí tanta mala pécora que ha tomado

como un deporte el quitar los maridos a sus esposas!

—¡Pues sí que es un deporte para hacer salud! — exclamó Olivia riendo.

—¿Lo tomas a broma? ¡Quiera Dios que no tengas que arrepentirte!

—Mujeres malas las hay en todas partes. Pero no todas son malas.

—Con que formen una pequeña minoría basta para que tengan en jaque a los maridos de una ciudad entera. Hay por aquí una rubia que ha batido el record. ¡Qué actividad tan prodigiosa la suya! Cada

semana le sobran motivos a media docena de esposas distintas para profesarse un odio profundo. O esa mujer es un alto horno o está loca. Por cierto que ya la he visto nadando alrededor de tu marido.

—Más peligroso es zambullirse entre tiburones, y otros lo hacen.

—En resumidas cuentas, ¿me acompañas?

—Perdóname, Henrietta, pero prefiero quedarme.

—Entonces, que te alivies.

Y la bulliciosa Henrietta salió del hotel, dejando sola a la apacible Olivia.

XI

Pero no estuvo mucho tiempo en su habitación.

Si bien era verdad que no la seducían los planes de diversión que le proponía Henrietta, no era menos cierto que necesitaba un poco de distracción y de aire puro.

Salió del hotel, cruzó la terraza del restaurante y se detuvo con curiosidad ante el escaparate de una tienda que vendía objetos para turistas.

En seguida apareció un dependiente que le preguntó en francés:

—Desea algo la señora?

—No, gracias—contestó Olivia.

—Perdón, madame.

Siguió la dama su camino.

Dos pasos más allá se detuvo en

otra tienda y apareció otro dependiente.

—Desea algo la señora?

—No, gracias.

—Perdón, madame.

Olivia, un poco molesta por tanta amabilidad, muy distinta a la escueta cortesía norteamericana, pasó de aquella tienda a una librería que había al lado.

Antes de que pudiera detenerse, salió el librero.

—Puedo ofrecer a la señora las últimas novedades.

—No quiero más que ver el escaparate—contestó Olivia con cierta sequedad.

Se marchó el librero y ella llegó hasta el gran cristal tras el cual se

D I V O R C I O P O R A M O R

alineaban las vistosas cubiertas de los libros.

Se quedó sorprendida al ver que la primera fila de volúmenes estaba formada por ejemplares de una novela de Nick.

Bajo el título, realmente sugestivo, se leía aquel nombre que ella no podría olvidar, por mucho que aparentara lo contrario.

Estuvo un momento contemplando la bonita cubierta, elegante por su sobriedad, y, de pronto, la hizo volver a la realidad una voz que le preguntaba:

—Lo has leído?

Aquella voz...

Levantó la cabeza y su asombro aumentó al comprobar que era Nick el que había hablado.

—Nick! — no pudo menos de exclamar.

Este se hallaba en el interior de la tienda y la miraba a través del cristal del escaparate.

Sonreía disimulando la emoción que también él experimentaba a causa del encuentro.

Tomó un libro de la fila y salió con él en la mano.

Se lo entregó a Olivia.

—Toma. Para que lo leas.

—Gracias—contestó ella sin poder disimular su turbación.

—¡Qué casualidad que nos hayamos encontrado! ¿Verdad?

—Estoy aquí con Harry — se apresuró a aclarar ella.

—Ya me lo figuro.

Y Olivia, temiendo haber ido demasiado lejos en su desconfianza, preguntó amablemente:

—Y a ti, ¿cómo se te ha ocurrido venir por aquí?

—Un capricho. Estaba en París y se me ocurrió tomar el tren. Resultó que el tren venía aquí y aquí estoy.

—Estás muy cambiado.

Olivia quiso decir que tenía mejor aspecto. En efecto, Nick había progresado mucho. Su firma se había ido imponiendo y era uno de los escritores más respetados por la crítica y, como consecuencia, más leídos y admirados por el público.

—¿Creías que siempre iba a estar igual?

—Siempre he confiado en tu talento.

—Tu amabilidad me llena de alegría. ¿Quieres que nos sentemos en esa terraza? Así podremos hablar tranquilamente.

—El caso es...

—¿No te atreves? ¿Temes a Harry?

—¡Oh, no! — se apresuró ella a proteger.

—Entonces...

—No hagas conjeturas. Sentémonos.

Así lo hicieron.

Tomaron el té, y mientras lo tomaban, la conversación se fué haciendo entre ellos más interesante.

De pronto, sin poderlo remediar, Nick exclamó:

—Tú también has progresado mucho.

—¿Yo? ¿En qué?

—¿En qué ha de ser? En belleza.

—¡Cuidado! Si sigues por ese camino, me veré precisada a marmolarme.

—¡Eso sí que no lo puedo consentir! Primero me pongo a hablarte del tiempo.

—¿Es que no tienes nada que decirme?

—Muchas cosas.

—Empieza por una.

—Temo que te parezca indiscreta.

—Entonces no empieces.

—Quiero saber si eres feliz con Harry.

—Sí lo soy.

—¿Le amas?

—Naturalmente.

—No lo veo tan natural.

—Si no le amara no me habría casado con él.

—¡Vaya un argumento! ¡Si todos los que se casan se amaran no habría divorcios!

—Entonces, sin argumentos, le amo.

—Que sea enhorabuena.

Hablaban en aquel tono de alegría un poco mordaz en que se trascendía el escritor humorista.

Ni para Nick ni para Olivia parecían haber pasado los años. El estaba incluso más joven. Ella, como Nick había dicho muy bien, más hermosa.

—¿Dónde está la niña? — preguntó el escritor.

—Bañándose.

—¿Con quién?

—Con su institutriz.

—Tengo ganas de verla.

—No esperes que yo te la deje ver.

Había hablado en un tono firme y resuelto. El la miró con extrañeza.

—¿Por qué?

—Te conozco y sé que lo echarías a perder.

—¿Me conoces? Habrás querido decir que me conocías.

—Como veo que no has cambiado de carácter...

—Tal vez tengas razón. Pero dime, ¿no tengo derecho a ver a mi hija?

—Bien sabes que no tienes ningún derecho.

—¿Quién lo ha dicho?

—Lo dijo el tribunal encargándose por completo el cuidado de la niña.

—¿A qué recordar cosas desagradables?

—Tú me has obligado.

—¿Tendrás el valor de impedir a un padre que vea a su hijita?

—Para ti es ya como una extraña. Ni te conoce ni la conocerás tú.

—Eso habrá que verlo.

—Lo malo es que no lo podremos ver.

—¿Habrás tenido el valor de hacerle creer que Harry es su padre?

—No le he hecho creer nada. Ella sólo sabe que es Harry y no se preocupa de hacer averiguaciones. Por cierto que Harry la quiere con locura.

—Lo importante es saber si ella le corresponde.

—Ella lo adora. Tanto, que empiezo a tener celos.

—En fin, el caso es que yo quiero ver a la niña.

—Pues no la verás.

—Pero ¿por qué? ¿Qué es lo que temes?

—Que digas a la niña lo que no debe saber.

—Si lo que tú crees que no debe saber es que soy su padre, puedes tener por seguro que lo sabrá.

—¿Ves como no mereces que te la deje ver?

—Querida Olivia. Es inútil todo cuanto hagas por separarme de esa niña. Estamos unidos por algo que nada ni nadie puede destruir. Hay una ley más fuerte que todas las leyes y esa ley es la de la sangre.

—No quiero meterme en filosofías, pero la prudencia más elemental me aconseja que impida esta entrevista entre tú y mi hija.

—Y nuestra hija.

—¿Acaso has tenido siempre el mismo empeño en sostenerlo? Recuerda que hubo una época en que...

—La generosidad más elemental aconseja olvidar todo lo malo y dar a las personas que así lo desean la

oportunidad de rectificar sus errores.

—Es que hay cosas que no pueden olvidarse, Nick. Recuerdo cuando te di la noticia de que la niña iba a nacer. ¿Qué me contestaste?

—Alguna atrocidad. En aquel tiempo estaba loco.

—Ya hemos quedado en que interiormente no has cambiado.

—Con eso quieres decir que estoy loco todavía, ¿verdad?

—No digo tanto.

—Haces bien, porque, si lo dijeras, sería un error lamentable.

—Pero procura convencerme de que no lo debo decir.

—Lo procuraré. Pero antes permíteme que vuelva a lo que estábamos diciendo. Hay algo entre esa niña y yo que nada ni nadie logrará destruir, así como hay algo que nos mantendrá siempre unidos a nosotros.

—Te agradeceré que no sigas por ese camino.

—Permíteme, Olivia. Es un argumento que he expuesto en una de mis obras.

—La leeré. Así puedes evitarte muchas explicaciones.

—En la obra nunca puede haber quedado dicho con la fuerza y la espontaneidad que te lo voy a decir ahora. Porque hablar no es lo mismo que escribir. La palabra escrita es más bella, pero la palabra hablada le aventaja en verdad y claridad.

Ella calló. La verdad era que sentía curiosidad por lo que Nick iba a decir.

—Mi argumento es el siguiente: cuando una mujer y un hombre han llegado al amor completo, cuando se han amado tanto como nos amamos tú y yo, en el alma ha quedado abierta una brecha que nunca podrá cerrarse. Ni siquiera otro amor podrá obrar como panacea.

—Un argumento muy curioso.

—Por lo tanto, será inútil que tú pretendas hacerme creer que amas a Harry. Eso sería lo mismo que si yo me empeñara en decirte que te he olvidado.

Y como acaso ella sintiera en el fondo del alma la realidad de todo cuanto él le iba exponiendo, como acaso sintiera que su antiguo amor vivía aún en su corazón traidoramente agazapado para saltar al menor descuido, tuvo un gesto de impaciencia.

—Es un bonito argumento para una novela, pero a mí no me interesa lo más mínimo.

Y en este momento apareció Harry, que regresaba de la orilla del mar en traje de playa.

XII

Se quedó un momento mirando a Olivia.

“¡Qué hermosa está!” pensó.

Y aunque se dió cuenta de que no estaba sola, no se fijó en quién era el acompañante de Olivia. Por otra parte, Nick estaba de espaldas y no le podía ver.

Se acercó.

—Creí que vendrías a la playa, Olivia.

—De saber que me estabas esperando hubiese ido.

—Si la playa no te atraía hoy, has hecho bien en quedarte.

—Gracias, Harry.

Y al advertir que no se había dado cuenta de que el que estaba con ella era Nick, le dijo con cierta turbación:

—¿Has visto quién está aquí?

Harry se volvió y su rostro dibujó un gesto de sorpresa, pero no de disgusto, al ver a Nick.

—¡Hola, Allens! ¿Cómo está usted?

Y le tendió la mano afablemente.

—Bien. ¿Y usted, amigo Harry?

—Encantado de verle por aquí.

—Yo también me he alegrado mucho de verles a ustedes.

—El caso es que yo les voy a dejar muy pronto. Mañana mismo.

Olivia le miró con extrañeza.

—¿Te vas, Harry?

—Sí. He recibido un cable de Chicago, una llamada urgente: cosas del negocio.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque no lo he sabido hasta hace un rato. En vista de que no ibas tú a la playa, he venido a buscarte yo para decírtelo.

Aquello fué el fin de la conversación entre Nick y Olivia.

* * *

Harry se marchó como había prometido y Olivia se quedó con Henrietta y con su hija, porque el mismo Harry le había rogado que por él no suspendiera el veraneo.

Nick se alegró de que las cosas ocurrieran como habían ocurrido. Olivia se había quedado sola. Magnífica ocasión para continuar sus ataques a fondo.

—Era sincero aquel amor que Allens volvía a demostrar a la que había sido su esposa?

Sí. Nick no había dejado de amarla nunca. Las teorías expuestas en sus libros habían tenido en

él una confirmación. Hay amores que dejan eterna huella en el alma.

Al ver nuevamente a Olivia, había resurgido con todo el ímpetu de los primeros tiempos aquel amor imborrable.

—¡Estaba tan hermosa! ¡Era una mujer tan distinta a las demás!

Al día siguiente fué a buscarla al hotel. Estuvieron hablando en el salón de té, mientras sonaba la música.

Nick se mostraba cada vez más vehemente y Olivia lo consideraba cada vez más peligroso.

—Supongo que me harás el ho-

nor de cenar esta noche conmigo— demandó Allens.

—¡Eso sí que no! — replicó Olivia.

—¿No es lo mismo cenar que tomar el te?

—No.

—¿Por qué?

—Porque las cenas son siempre más peligrosas.

Y aquella misma noche decidió Olivia volver a América.

La noticia sorprendió a Henrietta.

—¿A América?

—Sí, a reunirme con Harry.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Que quiero estar al lado de mi esposo.

—¿Es eso sólo?

—¿Qué otra cosa puede ser?

—Bien sé yo a qué obedece esa repentina marcha. El motivo es Nick. Le temes y te temes a ti misma.

—Puesto que lo has acertado, no tengo por qué negarlo.

Tomaron un tren que las condujo a París y de allí se trasladaron a las costas del Atlántico para embarcar.

XIII

Acababa de zarpar el buque.

Olivia se dirigía con su hija a la cubierta superior, cuando vió a una señora de edad, con la que había hecho amistad en el balneario.

Pero no fué esto lo que la sorprendió. Su sorpresa fué porque vió que con aquella señora estaba Nick.

Quiso volver atrás, pero era demasiado tarde. Allens la había visto y la llamaba.

—Ven, Olivia. Esta señora tendrá mucho gusto en conocerte.

Pero la señora le advirtió:

—¡Si ya la conozco!

—Entonces le presentaré a mi hijita.

Y besó a la niña con vehemencia paternal.

—Pero si estás hecha una mujercita! — no pudo menos de exclamar.

Y pensó: "No en balde han pasado seis años desde que la vi por última vez!"

Olivia estaba turbadísima y la señora amiga de ambos muy extrañada.

¿Cómo podía ser aquella niña hija de Nick Allens si la madre estaba casada con Harry Ottendorf?

Y Allens, como si leyera en su pensamiento, le explicó:

—La niña se llama Olivia Allens aunque su madre es la señora de Ottendorf. ¿Verdad que es una preciosidad? Dígame usted qué padre

DIVORCIO POR AMOR

no se vuelve loco teniendo una hija así.

Pero la señora debió de pensar:

"La que voy a volverme loca soy yo si sigo prestando atención a este hombre."

Y se despidió de los tres con una sonrisa.

—¡Te agradeceré que no vuelvas a dirigirme la palabra! — dijo Olivia tan pronto como quedaron solos.

—Para eso tendrías que coserme los labios con hilo doble.

Entonces divisó Olivia a la institutriz de la niña y la llamó para que se la llevara.

No quería que su hija oyera ciertas cosas.

Entonces empezó a discutir despreocupadamente con Allens.

—¿Por qué has venido? — le preguntó en tono de reproche.

—¿Por qué has venido tú?

—Yo no he venido a molestar a nadie.

—Yo tampoco.

—Tú has venido persiguiéndome.

—Me he limitado a dejarme llevar de una voz interior que me dice: "No dejes escapar a esa mujer."

—No sigas...

—Estoy hablando en serio.

—Y yo también.

—Pues no lo parece.

—Si supieras lo mal que me sabe que tomes estos disgustos!

—¿Te burlas?

—¿Me crees capaz de semejante atrocidad? ¡Burlarme de ti! ¡Burlarme de mi esposa!

—Basta, Nick! Te aseguro que no volverás a verme en lo que queda de viaje.

Y se marchó a su camarote, dispuesta a convertirlo en una celda de clausura.

Aquella noche tuvo que afrontar la curiosidad de su hijita, que la abrumó a preguntas respecto a Nick.

* * *

—Pero ¿quieres decirme qué haces todo el día metida aquí?

—No me sienta bien el aire del mar, Henrietta.

—¡A mí con esas! ¿Crees que soy tonta? ¿Crees que no sé el motivo de tu encierro?

—Entonces ¿por qué lo preguntas?

—Porque quería ver qué decías.

—Vaya un capricho!

—Es lamentable que te dejes dominar por ese escritor alocado.

—Yo no me dejo dominar por nadie, y menos por él!

—Lo estás demostrando — replicó Henrietta irónicamente—. ¿Acaso no tiene él la culpa de que tú pases el día encerrada en tu camarote?

—Con tal de no verle, todos los sacrificios me parecen agradables recreos.

—Lo cual quiere decir que no te es indiferente.

—No me importa lo más mínimo.

—Si no te importara, te daría lo mismo que te viera como que no te viera. Lo triste es que sí que te importa. Así es el mundo. Un hombre que yo no tomaría por nada del mundo y que a ti te ha trastornado.

—Calla. No digas disparates.

Pero la protesta de Olivia estaba completamente falta de convicción. Ella comprendía que no debía amar a Nick, pero no podía impedir que el recuerdo de aquel primer amor mantuviera abierta la herida.

Tenía razón Henrietta. Sí que le importaba Nick. Y porque le importaba, no quería salir del camarote y se preocupaba tanto de evitar los encuentros con él.

Porque Olivia comprendía que no debía faltar a un deber tan ele-

D I V O R C I O P O R A M O R

vado como el que le imponía su matrimonio con Harry por satisfacer un impulso del corazón.

Y en estas preocupaciones se hallaban cuando sonaron unos golpecitos en la puerta del camarote.

XIV

Comprendió Olivia que era Nick y detuvo a Henrietta cuando se dirigió a la puerta para franquearla.

—Espera, no abras. Es él.

—¿Cómo lo sabes?

—No puede ser otro.

—No sabía que fueras adivinadora.

Olivia se había acercado a la puerta. Preguntó:

—¿Quién es?

—Soy yo, Olivia — repuso la voz de Nick.

—¿Lo estás viendo? — preguntó entonces Olivia a Henrietta.

Y volviéndose a la puerta, contestó:

—Puedes marcharte, Nick. No pienso abrirte.

—Tengo que decirte algo muy importante.

—Gracias por tu interés, pero no necesito oír esas cosas tan importantes.

—Créeme y abre la puerta, Olivia.

—Es inútil, Nick.

—Está bien. Entonces me marcho.

Pero apenas había dado dos pa-

sos, se encontró con la institutriz, que llegaba en aquel momento en compañía de la pequeña Olivia.

Concebíó rápidamente un diabólico plan, que puso en seguida en práctica.

Siguió a la institutriz y a la niña hasta la puerta del camarote y repitió los golpecitos.

—¿Quién es? — preguntó de nuevo la voz de Olivia.

Y Nick indicó por señas a la institutriz que debía contestar.

—Soy yo, señora — repuso ésta.

Entonces abrió la puerta Olivia y vió con sorpresa que el primero que cruzó el umbral fué Nick.

—¿Cómo te atreves...? — preguntó furiosa.

—Cualquiera que te oiga, creerá que no nos conocemos.

—Vete.

—Eso sí que no. ¡Vaya un modo de recibir a las visitas! Los que deben marcharse son Henrietta, la niña y esta señorita.

—Si esperáis que me vaya yo, estáis aviados — repuso Henrietta.

Pero la institutriz y la niña sí que se marcharon, por indicación

de Olivia, que tenía empeño en mantener alejada de Nick a su hija.

—¿De modo que tú te quedas, primita? — preguntó Allens alegramente.

—Sí, primito — contestó Henrietta remedándole.

—¡Bravo! Entonces lo mejor es que nos vayamos a cenar los tres juntos.

—Yo no puedo ir — repuso secamente Olivia.

—¿Por qué?

—Porque no puedo salir del camarote.

—Eso es muy fácil de arreglar. Pediremos que nos traigan aquí la cena.

Y pidió por teléfono un camarero, haciendo caso omiso de las protestas de Olivia.

Cuando el mozo se presentó, le encargó un succulento menú para los tres y, ante los hechos consumados, Olivia no tuvo más remedio que aceptar.

Rechazar entonces la invitación hubiera sido contraproducente, pues estaba visto que Nick se tomaba más alas cuando mayor era el miedo que le demostraba ella.

* * *

Una cena exquisita y unos vinos más exquisitos aún.

Cuando llegaron a los postres, Olivia no estaba muy segura de que fuera suya la cabeza que tenía sobre los hombros.

Nick aprovechaba la ocasión para demostrar una vez más a Olivia que la amaba todavía.

Comenzó a evocar episodios de sus tiempos felices y sin que ella supiera cómo, se encontró de pronto con que le estaba escuchando embobesada.

—¿Tendré que recordarte la teoría de lo indisoluble del primer amor?

—No te molestes, Nick. Me la he aprendido de memoria — contestó Olivia dominada completamente por la mirada de aquellos ojos amados.

—Haced el favor de acordaros de que estoy aquí — protestó Henrietta.

Pero ellos no le hicieron caso.

Seguían recordando aquellos tiempos en que el amor más profundo les unía.

—¡Si no hubieras sido tan loco, Nick! — suspiró ella.

—Pero todo tiene arreglo.

—¿Qué quieres decir?

—Está muy claro — intervino Henrietta. — Que te divorcies de Harry y te vuelvas a casar con él. ¿Eso eso, Nick?

—¡Qué talento tienes, primita!

Olivia le dirigió una mirada de censura.

—No digas eso ni en broma, Nick. Tengo conciencia de mis deberes.

—No me explico cómo puedes llevar con resignación esa cruz.

—¿Qué cruz?

—La de estar casada con un hombre al que noquieres.

—¿Quién te ha dicho que no le quiero?

—Tú.

—¿Yo?

—Sí, tú. Tú, que me estás demostrando que me quieres a mí. Y si me quieres a mí, es que no quieres a tu actual marido.

—No me hagas perder la paciencia, Nick.

—¡Tu paciencia! Si supieras cuánto he echado de menos tu paciencia, Olivia. Es una de tus cualidades más admirables.

—Me alegra de que lo reconozcas.

—¿Cómo te las arreglas para tener tanta paciencia, Olivia?

—Eso debéis preguntármelo a mí — exclamó Henrietta.

Pero Olivia no la había oído.

—¿Quieres que te lo cuente, Nick? ¿Quieres conocer el origen de mi paciencia?

—Debe de ser muy interesante.

—Recuerdo que cuando era niña, fuí al parque zoológico. Allí tuve uno de mis caprichos de niña y mamá, con muy bien acuerdo, no me hizo el menor caso. Cogí una rabietita más que regular. Pero de súbito vi algo que fué un freno para mi llanto. Ante mí había una pe-

queña jirafa que me miraba con unos ojos llenos de dulzura y mansedumbre. Aquello fué para mí una lección que no olvidaré en la vida. Desde entonces, siempre que estoy a punto de perder la paciencia me acuerdo de la pequeña jirafa y encuentro en aquellos ojos el ejemplo de continencia y de resignación que necesito.

—¡A quien se le diga que el carácter de una mujer puede depender de una jirafa! — comentó Henrietta.

—Desde hoy — declaró Nick — profesaré gratitud a las jirafas.

—Lo que tenemos que hacer es ir a bailar un poco — propuso Henrietta.

—Aquí estamos mejor — replicó Nick.

Y esto fué suficiente para que Olivia considerase que en el camarote estaban peor.

—Tiene razón Henrietta — dijo. — Vamos a bailar un poco.

Y se dirigieron al salón de baile.

D I V O R C I O P O R A M O R

XV

Se sentaron en el bar para descansar de la fatiga del baile.

Olivia había perdido por completo el dominio de sí misma y ya no ocultaba a Nick que le amaba. No se lo decía con palabras, pero en todo momento estaba en sus miradas aquella confesión que a él le llenaba de felicidad.

Y precisamente por eso, porque ya se consideraba vencida por Nick, quiso darle celos con un joven que desde que zarpara el barco le dirigía miradas de adoración allí en donde la encontrara.

Ahora estaba en el salón de baile y les había seguido hasta el bar, donde, mientras tomaba un refresco, no quitaba ojo a Olivia.

Ella le sonrió y Nick se volvió en seguida para clavar en el galán una mirada de odio que en seguida fué de inquietud. La postura de aquel joven, de rostro y figura tan perfectos como los de una estatua griega, hicieron temer a Nick por su triunfo sobre Olivia, cuando ya daba por descontada la victoria.

—¡Haz el favor de no coquetear, Olivia! — la reprendió él en voz baja.

—¿Quién eres tú para impedirmelo?

Y como seguía mirando y sonriendo al joven, éste se acercó decidido.

—Señores, permítanme ustedes

que me presente yo mismo: soy el marqués de Toro.

Y añadió dirigiéndose a Olivia, para lo cual volvió la espalda a Nick:

—Tenía verdaderas ganas de conocerla, señora, y he decidido aprovechar esta ocasión.

—Soy la señora de Ottendorf — repuso ella tendiéndole la mano.

El galán se la estrechó al mismo tiempo que hacía una reverencia.

—Ya que nos conocemos, me permito invitarles a ustedes a cenar mañana conmigo.

Y volviéndose a Nick:

—Supongo que usted no tendrá ningún inconveniente, señor Ottendorf.

—No es el señor Ottendorf — co-

rrigó Olivia —, sino el escritor Nick Allens.

—¿De modo que no es su esposo? — preguntó el marqués dirigiendo a Nick una mirada de desprecio.

—No, señor.

—Entonces me permito insistir, señora. Tengo el honor de invitarla a cenar.

—Ya veremos — contestó Olivia con una sonrisa —. No me comprometo a nada.

Y dijo para sí:

—Puedes esperarme sentado.

Cuando el marqués de Toro se marchó, Nick comenzó a echar pestes contra él, mientras Olivia se complacía en haber logrado tan fácilmente despertar los celos de su ex esposo. ¿No era aquello la mejor prueba de amor?

* * *

Se volvieron a encontrar al día siguiente.

Ya estaba el buque a punto de

llegar y Nick trataba de convencer a Olivia de que le acompañara a su casa.

—Es una bonita finca que he adquirido en las afueras. Estoy seguro de que te gustará.

—También yo estoy segura de que no habrá ocasión para que me guste.

—¿Por qué?

—Porque no iré.

—¿Tendrás el valor de negarme este último favor que te pido?

—¿No te das cuenta de que he de reunirme en seguida con mi marido?

—¿Por qué en seguida?

—Por dos razones: una porque lo deseo, y otra porque Harry estará en el muelle esperándome.

—A lo mejor no está. De esos

hombres de negocios no puede uno fiarse.

—Aunque no estuviera, esto ha terminado, Nick. Y creo que he ido demasiado lejos.

—¿Por qué no dejas el punto final para después de haber venido a mi casa?

—¿Pero qué interés tienes?

—Me gustará que veas cómo ha cambiado todo a mi alrededor. Es una casa magnífica. No es como aquel chiquero en que nos tuvimos que meter después de casarnos.

—Si crees que tu casa va a impresionarme, te equivocas. Estoy acostumbrada a vivir en verdaderos palacios.

Y Nick continuó insistiendo y ella negando.

Pero todo cambió cuando desembarcaron.

En el muelle no estaba Harry, sino un representante suyo, empleado de confianza, que iba a dar a Olivia la bienvenida en nombre de su marido.

—¿Acaso está enfermo el señor Ottendorf?

—No, señora. Es que está retenido en Washington por un asunto de gran importancia y le ha sido imposible venir.

Aun no había terminado de pronunciar estas palabras, cuando se acercó al grupo un botones y preguntó por la señora de Ottendorf.

—Yo soy—repuso Olivia.

—Esto es para usted, señora —

dijo entonces el botones entregándole una gran caja.

—¿Quién me envía esto?

—Míster Allens—contestó el botones.

Olivia se volvió a mirar a Nick con un movimiento de sorpresa.

—¿Cómo se explica esto, Nick?

—Para algo ha de servir la telegrafía que llevan los barcos — repuso Allens sin darle importancia.

No pudo Olivia disimular su curiosidad mientras abría la caja.

De dentro salió una pequeña jirafa de cartón, pero tan perfectamente imitada que parecía natural.

Se echó a reír, complacida en el fondo de su alma de hallar aquella

D I V O R C I O P O R A M O R

prueba de buen gusto y de interés por parte de Nick apenas puso los pies en Nueva York.

—Gracias, Nick. Has sido muy amable.

—¿Sigues negándote a dar un paseo conmigo?

—Si es sólo un paseo...

—Llegaremos hasta donde tú

quieras. Ni un milímetro más allá.

Y como Olivia lo estaba deseando en el fondo, dejó que Henrietta, la institutriz y su hija se marcharan, prometiéndoles reunirse con ellas en casa muy pronto, y ella se fué con Nick, el cual la condujo a su automóvil, sin soltar la jirafa que les seguía debido a que Allens tiraba de ella por medio de un hilo.

* * *

Tomaron el auto y, siempre acompañados de la jirafa, se dirigieron a las afueras de Nueva York.

Olivia iba pensando que ya no le sería posible negarle nada a aquel hombre, al que tanto amaba.

Ahora comprendía que en vano intentaría amar a otro. Ella podía profesar a Harry una fraternal estimación, pero nunca un amor verdadero y profundo, porque de él tenía la exclusiva Nick.

Aquella adoración que la había movido a casarse con él a pesar de la oposición de la familia, subsis-

tía ahora, porque, como Nick había dicho muy bien, hay amores que no se extinguén y heridas que no se cierran.

Hablaban. Mejor dicho, hablaba Nick y ella le escuchaba a medias, porque su pensamiento estaba ausente.

De pronto, se detuvo el auto.

Por la ventanilla vió Olivia que se hallaban ante Willy Vien, el refugio donde había pasado con Nick su noche de bodas.

Mil recuerdos se agolparon en su pensamiento y mil emociones afluyeron a su corazón.

—¿Te acuerdas? — preguntó él.

—¡Oh, sí! — repuso ella sin ocultarle lo gratos que le eran aquellos recuerdos.

—Cenaremos aquí, ¿no te parece?

—Bueno.

Olivia ya no podía negarle nada. Aquel hombre era su esposo, su verdadero esposo, el compañero que su corazón había elegido para toda la vida. Ya no podía negarle nada. Lo único que lamentaba era haber cometido el error de casarse con Harry, del que ahora se tendría que divorciar.

Llamaron a la puerta del refugio y se reprodujo la escena de la noche inolvidable.

La señora de Truesdale se asomó a la ventana para decir secamente:

—Está cerrado. A estas horas no acostumbro abrir la puerta a nadie.

—Pero ¿no se acuerda de nosotros? — preguntó Nick.

Entonces la señora de Truesdale los miró con sus grandes ojos que le daban un aire de perpetuo sobresalto, y exclamó:

—Señor Allens!

Una sonrisa había suavizado su gesto de desconfianza, que ensombrecíale el semblante.

Después tuvo una frase amable para Olivia y en seguida les abrió la puerta.

Estaba asombrada.

—Han pasado seis años y todavía se aman como el primer día— exclamó.

Después lanzó un suspiro.

—Yo, en cambio, sólo conseguí retener a mi esposo durante dos meses. ¿Quieren explicarme cómo se consigue la felicidad en el matrimonio, para tenerlo en cuenta cuando me vuelva a casar?

Olivia y Nick se miraron. Y los dos tuvieron el mismo pensamiento:

“¡Si tú supieras que ya no somos marido y mujer!”

Cenaron con buen apetito y se excedieron un poco en las libaciones.

Las mejillas de Olivia tenían un vivo color que las hacía más bellas. Sus ojos brillaban y Nick creyó leer en ellos promesas deliciosas.

—Parece aquella noche, ¿verdad Olivia?

—Eso mismo estaba yo pensando.

—Sin embargo, esta noche no podrá ser nunca igual que aquélla. Faltará algo que la hará mucho menos feliz.

Olivia comprendió que Nick se refería a aquellos hermosos momentos en que Allens la llevó en brazos a la habitación, cuya puerta se cerró a espaldas de ellos.

Permaneció en silencio. Nick se fué acercando a ella, pasó un brazo por sus hombros y la besó.

Olivia no opuso ninguna resistencia.

XVII

Se dirigían en el auto de Nick a la casa de campo de éste.

Por fin, había logrado convencerla.

Pero aun ahora, después de haber accedido a lo que Allens tanto deseaba, exclamó:

—¡Oh, Nick! Temo ir a casa demasiado tarde.

—Eso tiene fácil arreglo.

—¿Cómo?

—No yendo a casa.

—¡Vaya una solución! Eso es lo

mismo que aquel que quería quitarse el dolor de cabeza cortándose la

—¿Por qué tomas a broma esto que es tan serio?

—La seriedad en estos momentos sería una cosa espantosa, Nick. Si yo lograra ponerme seria, lo primero que haría sería no ir a tu casa.

—¿Por qué?

—Porque no debo ir.

—Por el contrario, creo que tu sitio está en mi casa, en nuestra casa, a mi lado.

—No discutamos, Nick. Terminaríamos riñendo antes de hacer las paces.

Callaron. De pronto exclamó el escritor:

—Es que es inútil que pretendas oponerte a lo que es un imperativo de nuestras vidas. Tú vendrás a mí como yo iré a ti, arrastrada por una fuerza superior a tu voluntad.

—Estás haciendo lo necesario para que me arrepienta de haber accedido a acompañarte.

—Si quieres, no diré nada más. Pero en seguida añadió:

—A Chon le he dicho que somos casados, para evitar explicaciones complicadas.

—¿Quién es Chon?

—Mi criado.

—¡Vaya un nombre!

—Es chino. ¡Una adquisición!...

Trabajador como el primero. Un modelo de fidelidad. Además, ¡hay que ver cómo guisa! Gracias a él, mi vida de solitario tiene su lado agradable.

—Entonces, ¿Chon cree que acabas de casarte?

—Sí. Le he anunciado mi llegada en compañía de mi esposa.

Apenas se vislumbró el auto des-

de la puerta de la casa, se oyó el estallido de un cohete.

Olivia se estremeció.

—¿Qué es eso?

—Cosas de Chon — repuso Nick riendo—. En China es costumbre recibir con pólvora a los recién casados.

—¡Pues vaya una costumbre desagradable!

—Agradece por lo menos la buena intención, mujer.

—Es que los estampidos me ponen nerviosa. ¡No lo puedo remediar!

El auto se detuvo. Bajó Nick. Después Olivia. Entonces el criado chino avanzó hasta ella con un ramo de flores y se lo ofreció pronunciando palabras que Olivia no llegó a comprender.

Sin embargo, sonrió y repuso:

—Muchas gracias.

Después Chon se deshizo en amabilidades con su amo. A Olivia le pareció el criado sumamente empalagozo, pero advirtiendo lo satisfecho que Nick estaba de él, disimuló el efecto que el chinito le había producido.

Aun no había llegado a la puerta, cuando sonó un nuevo estampido que parecía un cañonazo.

DIVORCIO POR AMOR

Olivia dió un salto y lanzó un grito.

—¡Malditas sean las costumbres orientales! — dijo para su capote.

Nick encargó a Chon entrara la jirafa de cartón en la casa y fué en pos de Olivia.

Otro zambombazo que hizo retumbar la casa.

—Pero ¿cuándo va a terminar de disparar cohetes ese demonio de hombre? — exclamó la dama con impaciencia.

—El pobre lo hace por complacerme.

—Pues si supiera la gracia que me hace...

Y aun no había terminado de pronunciar estas palabras cuando el tableteo de una traca hizo temblar el edificio. Fueron cincuenta cohetes disparados uno tras otro sin interrupción.

—¡Haz el favor de decirle que termine de una vez, Nick!

—Ten paciencia, Olivia. Temo que se enfade.

—¿Temes que se enfade y no te importa que se me resientan los oídos? Pues bien, desde ahora te digo que o despides a ese hombre...

—¿Despedirlo? ¡De ningún modo! Chon me es muy útil.

—¡Pues cásate con Chon! ¡Yo me voy de esta casa y no volveré a poner los pies en ella!

Hablabía Olivia con aquel tono que no había vuelto a emplear desde que se divorció de Nick.

Y como las lágrimas apuntaban en sus ojos, Allens se enterneció.

—¿Por qué has de ponerte así, mujer? ¿Es que vamos a empezar a reñir otra vez, queriéndonos como nos queremos?

Aquellas palabras, pronunciadas en un tono dulce y emocionado, llegaron al corazón de Olivia.

—Olvidemos el incidente, Nick.

—Eso es. Ahora voy a enseñarte la casa.

Y cuando llegaron al comedor, Allens exclamó mostrándole la mesa de escritorio que se veía a un lado:

—Escribo en el comedor para recordar nuestros tiempos felices.

Ella sonrió evocadoramente y replicó:

—¿Te acuerdas de las peloteras que teníamos porque yo no quería que escribieras en el comedor?

—Me acuerdo de todo como si hubiera sido ayer.

Pasaron al salón. El le pasó un brazo por el talle e intentó conducirla al piano.

—¿Vamos a hacer un poco de música?

—Espera. Primero quiero arreglarme un poco. ¿Dónde está el tocador?

Nick le indicó el camino y aun estaba Olivia en mitad de la escalera, cuando resonó el estampido más formidable de la noche.

Allens vió cómo Olivia daba un salto y corrió en busca de Chon. Lo encontró en la cocina, ante un cajón lleno de cohetes.

—Chon — le dijo sonriendo—. Te agradecemos mucho el recibimiento que nos has preparado, pero ¿quieres dejar esos cohetes para mañana?

—En China disparamos muchos cohetes. Yo quiero dispararlos todos.

—Es que a la señora le duele un poco la cabeza.

—Ya sabía yo que era cosa de la señora. Las mujeres son insoportables. Me voy ahora mismo de esta casa.

Esta declaración inquietó al señoritor profundamente. Tuvo que

deshacerse en excusas para que el criado no se marchara.

Cuando volvió al salón, ya bajaba Olivia, deslumbrante de tan hermosa.

Nick se sentó al piano y comenzó a tocar una majestuosa marcha.

Olivia se sentó al lado de Allens y dieron un pequeño concierto a cuatro manos, para ellos mismos.

Sin dejar de tocar, conversaron.

—Verdad que te quedarás aquí para siempre, Olivia?

—Sí. Pediré el divorcio y nos casaremos en seguida. Estoy segura de que Harry me comprenderá y me perdonará. ¡Es tan caballero!

—Ahora sí que seremos felices!

—Si he de decirte la verdad, Nick, temo que nuestras discusiones empañen esa felicidad.

—Ahora no discutiremos. Has cambiado mucho.

—Tú crees?

—Estoy seguro. Has visto mi mesa de escritorio en el comedor y no has hecho ningún comentario desagradable.

—Por qué había de hacerlo? Un hombre que vive solo puede hacer lo que quiera. ¡Claro que ahora será distinto!

DIVORCIO POR AMOR

Nick dejó de tocar instantáneamente.

—¿Qué quieras decir?

—Que supongo que ahora trabajarás en tu despacho.

—En mi despacho? ¡De ningún modo! ¡Escribiré en el comedor!

—Entonces tendremos que hacer levantar un tabique. No es cosa de que nuestros invitados vean la mesa de escritorio en el comedor.

—Aquí no se levanta nada. Y si quieras invitar a alguien, esperarás a que yo esté veraneando.

—¡Ah! ¡Sí?

—¡Claro que sí!

—Pues te quedas con tu casa y con tus chifladuras. Yo me marcho.

Y subió a la habitación a recoger sus cosas.

Mientras las recogía, Nick tuvo tiempo de calmarse. Entonces discurrió una estratagema para que Olivia no se marchara. Puso la jirafa ante la puerta y siguió tocando el piano.

Cuando Olivia bajó y se encontró ante la jirafa, sintió que la dulzura de aquella mirada penetraba en su corazón.

Una paz profunda llenó su alma.

Se volvió, dirigió a Nick una mirada de amor y avanzó hasta el piano.

Y volvieron a perdonarse mutuamente. Despues, a cuatro manos, bordaron en el piano un concierto, que era como un anticipo de la compenetración que desde entonces había de reinar entre ellos.

FIN

Exclusiva de distribución: Sociedad General Española de Librería. — Barbará: 16, Barcelona

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales
de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre	Los cosacos.	Esclavas de la moda.	Al Capone (Pánico en Chicago).
El gran desfile.	Icaros.	Petit Café.	Mi último amor.
Miguel Strogoff o el Correo del Zar.	El conde de Montecristo.	Hay que casar al principio.	Muchachas de uniforme.
La princesa que supo amar.	La mujer ligera.	Inspiración.	Marido y mujer.
El coche número 13.	Vírgenes modernas.	El proceso de Mary Dugan.	Mata-Hari.
Sin familia.	El pagano de Tahiti.	Ea cada puerto un amor.	Congorilla (fuera de serie).
Mare Nostrum.	Estrellas dichosas.	Marruecos.	Carceleras.
Nantás, el hombre que se vendió.	La senda del 98.	¿Conoces a tu mujer?	Erase una vez un valle.
Cobra	Esto es el cielo.	El millón.	Hombres en mi vida.
El fin de Montecarlo.	Espájimos.	Gente alegre.	Niebla.
Vida bohemia.	Evangeline.	Mar de fondo.	Rebeca.
Zazá.	Orquídeas salvajes.	La llama sagrada.	Indescriptible.
¡Adiós, juventud!	El caballero.	La ley del harén.	Tarzán de los monos.
El judío errante.	Egoísmo.	La fruta amarga.	El terror del hampa.
La mujer desnuda.	La máscara del diablo.	Vidas truncadas.	La vuelta al mundo por Douglas Fairbanks.
La tía Ramona.	El pan nuestro de cada día.	La fiesta del mar.	Chica bien.
Casanova.	Vieja hidalguita.	Tabú.	Recién casados.
Hotel imperial.	Posesión.	El pasado acusa.	Champ (El campeón).
Don Juan, el burlador de Sevilla.	Tentación.	Papá piernas largas.	La zarpa del jaguar.
Noche nupcial.	La pecadora.	Trader Horn.	Los amores de José Mojica (fuera de serie).
El séptimo cielo.	El beso.	Un yanqui en la corte del rey Arturo.	El caballero de la noche.
Beau Geste.	Ella se va a la guerra.	El código penal.	Arsène Lupin.
Los vencedores del fuego.	Los hijos de nadie.	La pura verdad.	La dama del 13.
La mariposz de oro.	El pescador de perlas.	Maternidad, o el derecho a la vida (fuera de serie).	Amor en venta.
Ben-Hur.	Santa Isabel de Ceres.	Carbón (La tragedia de la niña).	El pecado de Madellón Claudet.
El demonio y la carne.	Las dos huérfanas.	Estudiantina.	La casa de los muertos.
La castellana del Líbano.	La canción de la estepa.	Las peripeyas de Skippy.	Titanes del cielo.
La tierra de todos.	El precio de un beso.	¡Qué viudita!	El proceso Dreyfus.
Tripoli.	La rapsodia del recuerdo.	El camino de la vida.	La vida de un gran artista.
El rey de reyes.	Dolikatesen.	Noches de Viena.	El último varón sobre la Tierra.
La ciudad castigada.	Del mismo barro.	Mamá.	Fantomas.
Sangre y arena.	Estrellados.	Eran trece.	Violetas imperiales.
Aguilas triunfantes.	Cuatros de infantería.	Chéri-Bibi.	Soy un fugitivo.
El sargento Malacara.	Olimpia.	Bésame otra vez.	Teresita.
El sargento Serrell.	Monsieur Sans-Gêne.	Camarotes de lujo.	La película de las estrellas Grand Hotel (fuera de serie).
El jardín del edén.	Sombras de gloria.	Los hijos de la calle.	Hollywood al desnudo.
La princesa mártir.	Mamba.	La divorciada.	Sangre roja.
Ramona.	Ladrón de amor.	Madame Satán.	El doctor X.
Dos amantes.	Molly (la gran parada).	¡Cuándo te suicidas?	Emma.
El príncipe estudiante.	El valiente.	Marianita.	Primavera en otoño.
Ana Karenine.	¡De frente... marchen!	El carnet amarillo.	El hijo del destino.
El destino de la carne.	Prim.	Honrarás a tu madre.	Ella o ninguna.
La mujer divina.	El presidio.	Su última noche.	El enemigo en la sangre.
Alas.	Romance.	Las alegres chicas de Viena.	El azul del cielo.
Cuatro hijos.	El gran charco.	¡Viva la libertad!	El monstruo de la ciudad.
El carnaval de Venecia.	Tempiedad.	Malvada.	El hombre que se refa del amor.
El ángel de la calle.	El dios del mar.	El teniente del amor.	Susan Lenox.
La última cita.	Anne Christie.	Delicioso.	Mercado de mujeres.
El enemigo.	Sevilla de mis amores.	Cielo robado.	Manos culpables.
Amantes.	Horizontes nuevos.	Amargo idilio.	La princesa se divierte.
Moulin Rouge.	Ben-Hur (edición popular).	Honor entre amantes.	El hombre que asesinó.
La bailarina de la Ope- ra.	La incorregible.	Para alcanzar la luna.	El rey de los gitanos.
Ben Ali.	El malo.	El hombre que asesinó.	El sargento X.
Los cuatro diablos.	Era los techos de París.	¡Aleluya!	Los seis misteriosos.
Ric, payaso, ríe!	Wu-li-chang.	La mujer que amamos.	Esta edad moderna.
Volga, Volga.	Montecarlo.	Al complot de 3/4.	La novia de Escocia.
La sinfonía patética.	Caminó del infierno.	La princesa se enamora.	Besos al pasar.
Un cierto muchacho.	Mío será!	Amanecer de amor.	El mayor amor.
Nostalgia!	Aleluya!	El gran desfile (edición popular).	El expreso fantasma.
Ruta de Singapore.	La mujer que amamos.	Du Barry, mujer de pasión.	Al despertar.
La actriz.	Al complot de 3/4.	La hermana San Sulpicio.	El robo de la Mona Lisa. (La Gioconda).
Mister Wu.	La ruta de Singapore.	El demonio y la carne (edición popular).	La edad de amar.
Renacer.	La actriz.	La viuda alegre (edición popular).	Salvada.
El despertar.	Mister Wu.	Angéles del infierno.	
Las tres pasiones.	Renacer.	Cuerpo y alma.	
La melodía del amor.	El despertar.	El impostor.	
Cristina, la Holandesita.	La viuda alegre (edición popular).	Esposa a medias.	
Viva Madrid, que es mi pueblo!	Angéles del infierno.		
Sombras blancas.	Cuerpo y alma.		
La copla andaluza.	El impostor.		
	Esposa a medias.	Alma libre.	

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

¡¡A CONTECIMIENTO!!

La maravillosa novela cinematográfica

CORAZONES SIN RUMBO

Adaptación de la popularísima novela del favorito de los públicos

Intérpretes: IMPERIO ARGENTINA, VALENTIN PARERA, BETTY BIRD, LIVIO PAVANELLI y «PITUSIN».

Magnífica portada - 16 ilustraciones en papel couché. Precio: 1 peseta

¡Hágase reservar sus pedidos desde ahora mismo!

Siempre lo mejor!

NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Coleccione usted los nuevos
aciertos de
Ediciones BISTAGNE

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

NÚMEROS PUBLICADOS:

- LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elissa Landi, Victor Mac Lagen, etc.
LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Brigitte Helm.
AMOR PROHIBIDO, por Adolphe Menjou y Barbara Stanwyck.
UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mary Christians, Anna Stowe, etc.
UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Anny Ondra.
JAQUE AL REY, por Emile Chautard, Pauline Garen.
PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un coche), por Annabella y Jean Murat.
PAPA POR AFICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.
BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbet, Lupe Vélez, etc.
LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Sally Eilers, Ben Lyon, etc.
EL HACHA JUSTICIERA, por Edward G. Robinson, Loretta Young, etc.
CON EL FRAC DE OTRO, por William Haines y Dorothy Jordan.
CONDENADO, por Ronald Colman.
MONSIEUR, MADAME Y BIBI, por Mary Glory y René Lefebvre.
ILUSION JUVENIL, por Marian Marsh, Anita Page, etc.
EL DORADO OESTE, por George O'Brien.
ENTRE DOS FUEGOS, por Joan Bennett y Ben Lyon.
LA REINA KELLY, por Gloria Swanson, Walter Byron y Seena Owen.
SU GRAN SACRIFICIO, por Richard Barthelmess, Mae Marsh, etc.
TRAS LA MASCARA, por Jack Holt, Boris Karloff, etc.
TRES RUBIAS, por Ina Claire, Madge Evans, Joan Blondell, etc.
ENTRE DOS ESPOSAS, por Sally Eilers, Ralph Bellamy, etc.
AGUJAS HUMANAS, por Liane Haid, etc.
DESILUSION, por Helen Twelvetrees, Eric Linden, Arline Judge, Cliff Edwards, etc.
LA CUEVA DE LOS BANDIDOS, por George O'Brien, Maureen O'Sullivan, etc.
NADA MAS QUE UN GIGULO, por William Haines, Irene Purcell, Maria Alba, etc.
LOS HIJOS DE LOS «GANGSTERS», por Boris Karloff, Leo Carrillo, etc.
LA DAMA AZUL, por Joseline Gael, André Baugé, etc.
AMOR PELIGROSO, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.
EL PARAISO DEL MAL, por Ronald Colman.
CARAS FALSAS, por Lowell Sherman, etc.
PROHIBIDO, por Conchita Montenegro, etc.
POLLY, LA CHICA DEL CIRCO, por Marion Davies y Clark Gable.

LOS MEJORES FILMS

NÚMEROS PUBLICADOS:

- CHANDÚ (Fantasía oriental), por Edmund Lowe e Irene Ware.
EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan, etc.
NO QUIERO SABER QUIÉN ERES, por Liane Haid y Gustav Froehlich.
LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy.
¡ALÓ, PARÍS!, por Josette Day y Wolfgang Klein.
PÁJAROS DE NOCHE, por Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.
LA BAILARINA SANS-SOUCI, por Lil Dagover, Otto Gebuhr, etc.
UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Préjean, etc.
DE PURA SANGRE, por Clark Gable, Madge Evans, etc.
EL BESO REDENTOR, por Charles Farrell, Joan Bennett, etc.
RAFFLES, por Ronald Colman, Kay Francis, David Torrence, etc.
ABISMOS DE PASIÓN, por Jean Harlow y Walter Byron.
LA BANDA DE LAS PERLAS NEGRAS, por Hugh Wakielid, etc.
EL ABOGADO DEFENSOR, por Edmund Lowe, Evelyn Brent, etc.
EL HOMBRE QUE VOLVIO, por Conrad Nagel, Doris Kenyon, etc.
SEIS HORAS DE VIDA, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.
EL ETERNO DON JUAN, por Adolph Menjou, Irene Dunne, etc.
EL BAILE, por André Lefaur, Germaine Dermoz, etc.
MI CHICA Y YO, por Joan Bennett, Spencer Tracy, etc.
AVVENTURA DE UNA MUJER BONITA, por Lil Dagover, etc.
ALCOHOL PROHIBIDO, por Dorothy Jordan, Robert Young, etc.
ESTA NOCHE O NUNCA, por Gloria Swanson, Melvyn Douglas, etc.
EL PAÑUELO INDIO, por Cathleen Nesbitt, Emily Williams, etc.
EL HOMBRE DEL ANTIFAZ BLANCO, por Renée Gadd, etc.

LUJOSA PRESENTACIÓN-8 INTERESANTES FOTOGRAFIAS EN PAPEL COUCHÉ-PRECIO: 50 céntimos

cfo 7
1.0

E. B.

Precio: Una peseta
250